

LA INCIPIENCIA PERMANENTE.

LA AMAZONIA BAJO EL INSISTENTE DESTINO DE LA INCOMPLETITUD¹

Introducción

Es común pensar que los arqueólogos estudian el pasado, pero esta idea es incorrecta. Los arqueólogos estudian fenómenos del presente: los sitios arqueológicos y otros tipos de registros que viajaron por el tiempo, a veces por millones de años, hasta el día de hoy. Esto no es solamente una distinción semántica, sino que define las posibilidades y limitaciones que la arqueología ofrece para el conocimiento del pasado. El pasado es un país extranjero, un territorio extraño al cual jamás podremos retornar. Cualquier tentativa de reconstituirlo será siempre especulativa, sujeta a variaciones de humor, intereses o agendas. Nada de esto constituye una novedad: hace décadas que los historiadores saben que cualquier pretensión de conocimiento objetivo sobre el pasado es una ilusión.

En el caso de la arqueología, esta tarea es aún más compleja. Hubo una época, en la década del sesenta, cuando inspirados en una ilusión positivista radical, los arqueólogos se preocuparon en construir un proyecto de ciencia exacta para la disciplina. Como consecuencia, se propusieron leyes generales del comportamiento humano y otros tipos de generalizaciones, como si la capacidad de producir leyes fuera el único camino posible para la autenticidad científica. Tal proyecto se derrumbó de manera estruendosa a partir de la década del ochenta, aunque algunos reductos aún resistan atrincherados en departamentos académicos dispersos por el mundo.

Hechos estos descargos, es sorprendente la capacidad que los arqueólogos tienen en revelar detalles oscuros o asombrosos sobre el pasado y sus habitantes. Me refiero aquí especialmente a la arqueología de las poblaciones sin escritura, también conocida como arqueología prehistórica, pre-colonial o inclusive arqueología de los pueblos “sin historia”.

1 Agradezco a Ximena Suárez Villagrán por la traducción del texto desde el portugués y a Marcelo Campagno por la invitación para publicar este texto.

La práctica de la arqueología requiere una buena dosis de esperanza e inclusive de ingenuidad: hay que tener mucha fe para creer que el estudio de pedazos de roca y fragmentos de cerámica, enterrados o esparcidos por el suelo, pueda generar algún tipo de producción de conocimiento. Sin embargo, milagrosamente esto es posible. Nuestra especie, *Homo sapiens*, tiene más o menos 200.000 años de edad, de los cuales apenas los últimos 4.000 o 5.000 años fueron registrados por alguna forma de escritura. O sea, nuestra capacidad de registrar nuestra propia historia ocupa sólo el 2,5% del tiempo en que hemos vivido en el planeta. Si consideramos la antigüedad de nuestros ancestros remotos, que vivieron en las sabanas africanas hace más de 6 millones de años, la relación es aún más aplastante: de 0,05% a 0,1%. La realización de estos pequeños milagros constituye la práctica de la arqueología. Esta esperanza, casi pueril, es compartida con otros profesionales obsesionados por el pasado, pero es tal vez con la astronomía que las semejanzas son mayores, pues el brillo de las estrellas, o las ondas de radio que alcanzan hoy a las antenas o los lentes de los telescopios modernos, son viajeros que iniciaron su jornada por el tiempo y el espacio también hace miles o millones de años.

¿Cuál es, al final de cuentas, el objeto de estudio de la arqueología y por qué es tan importante definirlo como un fenómeno del presente? Los arqueólogos son científicos sociales que pretenden entender la historia de las poblaciones del pasado, pero hacen sus investigaciones a partir de una fuente diferente de aquella utilizada por los historiadores. Mientras los historiadores trabajan con los documentos escritos como fuente primordial, aunque no exclusiva, para el estudio del pasado, los arqueólogos usan otro tipo de fuente: objetos, estructuras, rasgos, entierros, restos orgánicos y otros tipos de detritos. Los documentos escritos, inclusive los informes más áridos, contienen siempre una carga de intención. La propia pretensión de objetividad o neutralidad ya revela algún tipo de postura. A los historiadores cabe, por fuerza de su oficio, realizar la crítica de estos documentos para extraer de ellos las informaciones buscadas. Las fuentes empleadas por los arqueólogos son, por otra parte, mudas. Lascas de piedra, restos de carbón, conchas de bivalvos, fragmentos de cerámica, muestras de polen, pedazos de teja, semillas, tienen un silencio profundo, el silencio de las piedras y los túmulos, si los comparamos con las fuentes escritas.

Por falta de un nombre mejor, el objeto de estudio de la arqueología puede ser definido como el “registro arqueológico” o, en una alternativa más justa con la lengua, como “patrimonio arqueológico”. Sin

embargo, el problema de usar el término “patrimonio” es que el mismo viene cargado de una serie de connotaciones y expectativas jurídicas y políticas. Así, por falta de una opción mejor, seguiremos con “registro”. La propiedad más importante del registro arqueológico es su naturaleza híbrida. Es engañoso pensar que los arqueólogos trabajan sólo con objetos, con la llamada “cultura material”. Aunque los objetos fragmentados o enteros compongan una parte importante del registro arqueológico, este es una matriz de componentes culturales y naturales, que incluye también elementos que no fueron modificados por la actividad humana. Debido a la naturaleza híbrida de su objeto de estudio, la buena arqueología retiene un poco del sueño renacentista de ser una especie de conocimiento generalizado sobre las sociedades humanas y la naturaleza. Es por eso también común que la formación profesional y académica en arqueología tenga tantos caminos distintos: aunque es visiblemente creciente la tendencia de creación de cursos superiores de arqueología en países como Brasil, la mayoría de los arqueólogos en actividad son graduados en historia, ciencias sociales, biología, geografía, geología e inclusive artes plásticas.

Es obvio que, en un mundo donde la producción y circulación del conocimiento es cada vez más fragmentada, la utopía de una especie de conocimiento generalizador es inalcanzable, pero resta aún una especie de consuelo para los arqueólogos en lo que se refiere, por lo menos, a la capacidad de formulación de preguntas pasibles de respuesta a partir de la investigación del registro arqueológico. Es justamente aquí, en el ámbito de las preguntas, que reside la particularidad de la arqueología: las diferencias entre objetos de estudio y entre las preguntas que se pueden hacer a tales objetos, establecen el campo en el cual la arqueología puede operar mejor y traer una contribución única, como sólo ella puede hacer.

Para ejemplificar, cabe discutir un poco las relaciones que se pueden establecer entre la arqueología y la antropología cultural. En la tradición académica norteamericana, inaugurada por Franz Boas entre los siglos XIX y XX, ambas disciplinas –juntamente con la lingüística y la antropología biológica– componían una ciencia más amplia, inclusiva, denominada antropología. Se trata de una tradición centenaria, muy fuerte en los Estados Unidos, pero menos influyente en Europa, conocida como la tradición de los “cuatro campos”. En Brasil, la influencia práctica de esta tradición es relativamente débil y estuvo restringida mucho más a las investigaciones realizadas en museos que en los departamentos de antropología, aunque las contribuciones conceptuales de Boas hayan

sido inmensas. Las razones de eso son muchas y no es el caso discutir las aquí, pero tal vez estén asociadas a la influencia, por los trabajos de David Maybury-Lewis, de la antropología estructural-funcionalista británica en Brasil. Por otro lado, si en la época de Boas la antropología se limitaba al estudio de las poblaciones conocidas como “tradicionales”, los grupos nativos que estaban estableciendo formas regulares de contacto con las sociedades occidentales, su campo de investigación es hoy en día inmenso e incluye temas tan diversificados como la globalización, dieta, salud, sexualidad, medio ambiente, ciencia y el cuerpo en sociedades rurales y urbanas desparramadas por el planeta.

A pesar de estos cambios, en el Nuevo Mundo es con la antropología de las sociedades indígenas, también conocida como etnología indígena, que la arqueología ha establecido un diálogo más consistente a lo largo de los años y es justamente en los puntos de convergencia y divergencia ofrecidos por esa conversación, que su campo de actuación y posibilidades interpretativas pueden ser ejemplificados. Tales convergencias y divergencias vienen de las diferencias en el objeto de estudio: desde Malinowski, el trabajo de campo en etnología consagró el modelo clásico de la etnografía, a través del cual los investigadores permanecían períodos prolongados en el campo, estudiando minuciosamente una sociedad en particular, normalmente un grupo habitando pequeños asentamientos como aldeas o villas. Luego de esa zambullida profunda, el etnógrafo volvía del campo con un registro detallado de las formas de producción material de la sociedad estudiada, así como con datos demográficos, informaciones sobre la religión, sistemas de parentesco, producción artística, etc. De hecho, las informaciones eran tan detalladas que podrían incluir, por ejemplo, una noción precisa del total de habitantes de aquella comunidad.

Para continuar este ejercicio comparativo, vale la pena retroceder en el tiempo e imaginar una comunidad semejante, sólo que ocupada alrededor del año 1000 d.C. en algún lugar de la Amazonia brasileña. Resulta obvio que, en esa época, no había antropólogos ni arqueólogos y que una comunidad ocupada hace 1.000 años era diferente, por ejemplo, de las comunidades indígenas contemporáneas. No obstante, a favor del ejercicio aquí propuesto, vale la pena seguir con el ejemplo. Los habitantes de esa comunidad pueden haber apisonado el suelo para construir montículos sobre los cuales erguían sus casas. En algunos casos, tales montículos se disponían en estructuras circulares, circundando un patio interno. Las casas construidas eran de paja y madera, así como la mayor parte de los objetos que en ellas se guardaban, con excepción de las vasijas

de cerámica y eventuales artefactos de piedra. De hecho, dependiendo del lugar, las rocas son escasas en la Amazonia y es poco común que hayan sido usadas, por ejemplo, como material de construcción. La producción de basura orgánica, como restos de carbón, huesos de animales, semillas, hojas, etc., lentamente depositada en los fondos de las casas, provocaría cambios lentos en la coloración y composición química del suelo que, paulatinamente, se iría oscureciendo y adquiriendo un pH menos ácido. Imaginemos que esa comunidad fue ocupada durante dos siglos y que, a lo largo del proceso de ocupación, se construyeron nuevos montículos, se reconstruyeron casas y se depositó más basura.

Un buen día, y por alguna razón desconocida, la aldea es abandonada y casi instantáneamente la selva comienza a crecer en los lugares que eran anteriormente de habitación y tránsito. Germinan algunas de las semillas tiradas en los jardines de las casas, continúan creciendo árboles plantados por los antiguos habitantes y, de a poco, una densa selva de *capoeira* se forma, recubriendo los objetos abandonados en la superficie. Estos objetos, si son hechos de paja, pluma o madera, se pudren de a poco, mientras que los de cerámica y piedra pueden quebrarse, pero difícilmente se descompondrán. Las casas se van cayendo y sobre ellas, crecen árboles. Los animales abren sus cuevas en medio del suelo oscuro y, eventualmente, los habitantes de otros lugares visitan la *capoeira* para recolectar frutas o cazar. Como es usual, es posible que el lugar sea posteriormente reocupado una vez más y que, inclusive después, alguna ciudad surja allí también. A final de cuentas, lo más frecuente en la Amazonia es que las ciudades modernas crezcan sobre los sitios arqueológicos.

Luego de esta larga historia llegan por fin los arqueólogos y lo que encuentran está lejos de ser un registro preciso sobre lo que ocurrió allí en el pasado. Así, al contrario de sus colegas etnógrafos que pueden tener un registro apropiado de las actividades y de sus significados en comunidades de tiempos y lugares determinados, los arqueólogos normalmente se enfrentan con contextos repletos de ruidos a los que intentan imponer algún sentido, como si estuvieran leyendo un libro viejo sin tapas, con páginas arrancadas y no siempre numeradas, llenas de anotaciones y rasguños, cuyo orden se fue alterando con el tiempo. Es tal vez por tal razón que el arqueólogo Lewis Binford enunció lo que se conoce como “premisa de Pompeya”: la idea de que el sitio arqueológico de Pompeya es tan famoso justamente por ser único, por traer una especie de fotografía instantánea de la ciudad en la época de erupción del Vesubio (Binford 1981). Casos como ese son rarísimos en arqueología.

Es por eso que los arqueólogos hacen muy raramente paleo-etnografías. La contribución que pueden hacer viene mucho más de la capacidad, ofrecida por el propio registro arqueológico, de entender la historia de larga duración, a veces por centenas o millares de años. Se trata, en fin, de otra manera de lidiar con el tiempo. En este texto intentaré mostrar brevemente cómo la arqueología puede hacer una contribución original para la construcción de una especie de ciencia política de los pueblos amerindios. Para esto emplearé ejemplos de mi propia investigación en la cuenca amazónica de Brasil.

La Amazonia bajo el signo de la incompletitud

Fue hace poco más de un siglo, en el texto *Tierra sin historia* (1986 [1905]), escrito luego de su viaje al alto río Purús, trabajando en la comisión de fronteras entre Brasil y Perú, que Euclides da Cunha, uno de los escritores y pensadores sociales más importantes de Brasil de todos los tiempos, produjo un relato que es representativo de una cierta concepción –bastante interiorizada dentro y fuera de la academia– sobre la historia de los pueblos de la Amazonia. Sobre la Amazonia y sus habitantes, en 1905, Euclides decía:

“De esta manera, la naturaleza es portentosa, pero incompleta. Es una construcción estupenda a la que le falta toda decoración interior. Compréndase bien esto: la Amazonia es tal vez la tierra más nueva del mundo... Nació de la última convulsión geogénica que elevó los Andes y mal terminó su proceso evolutivo con las planicies cuaternarias que se están formando y preponderan en la topografía inestable. Tiene de todo y le falta de todo, porque le falta ese encadenamiento de fenómenos desdoblados en un ritmo vigoroso, de donde resaltan, nítidas, las verdaderas artes de la ciencia”.

El texto de Euclides es sintomático, no tanto por ser diferente, sino por representar cierta concepción a la cual me referí antes. Los ejemplos son muchos y algunos serán aquí enumerados posteriormente, aunque no de manera exhaustiva. Antes de seguir adelante, es importante al menos presentar qué concepción es esa. Por falta de una denominación mejor, decidí llamarla como “*principio de la incompletitud*”. El principio de la incompletitud representa una forma persistente de anacronismo en el tratamiento de un tema como la historia de la ocupación humana de la Amazonia. Además de ser una postura con relación al pasado, el mismo se revela también en la manera en la cual la Amazonia y sus pue-

blos son referidos, por ejemplo, en la discusión sobre políticas públicas contemporáneas.

Del texto de Euclides se desprende cuál es la esencia básica del principio de incompletitud. La idea de que algo siempre faltó en la Amazonia y sus pueblos: la agricultura, el Estado, la historia, las ciudades y la escritura (en el caso particular de Euclides, falta inclusive el “orden geológico”). Normalmente, los textos producidos a partir del principio de la incompletitud están rellenos de argumentos de ausencia, de escasez, de falta. A pesar de ser representativo para el contexto amazónico, el principio de la incompletitud vale también para discusiones más amplias sobre los pueblos indígenas de las tierras bajas sudamericanas, antes y después del inicio de la colonización europea. Es así notable como, desde el siglo XVI, el uso de la preposición “sin” ha sido frecuente para designar a los pueblos y a la naturaleza encontrada aquí por los europeos, como por ejemplo, en la clásica formulación de Pero de Magalhães Gandavo, publicada en Lisboa en 1576, sobre la lengua de los Tupinambá: “*carece de três letras, convém a saber, não se acha nela f, nem l, nem r, coisa digna de espanto, porque assim não têm Fé, nem Lei, nem Rei*”.

El objetivo aquí es apenas el de discutir la arqueología y sus relaciones con la antropología social en la Amazonia. En el siglo XIX tales disciplinas estaban en proceso de constitución académica y era común que no hubiera una separación clara entre las dimensiones de sus prácticas. Fue a partir de esa época que el principio de la incompletitud penetra en el discurso de la ciencia para los pueblos amazónicos, a través de las obras de Humboldt y Von Martius. Noelli y Ferreira (2007) denominaron ese movimiento de ideas como “teoría del degeneracionismo”. Para Humboldt y Martius, uno de los elementos indicadores del estado de degeneracionismo de los pueblos indígenas de las tierras bajas sudamericanas sería la variedad de lenguas indígenas habladas a lo largo de estas tierras. En las palabras de von Martius (1907, 23-24) en su texto *El estado de derecho entre los autóctonos del Brasil*, escrito en alemán a mediados del siglo XIX y publicado en portugués a comienzos del siglo XX:

“Nenhum raio de uma tradição, nenhum monumento de força intelectual anterior esclarece essa escuridão profunda, nenhum som de uma humanidade elevada, nenhum eco e nenhuma elegia escapam desse túmulo para chegar aos nossos ouvidos atentos. Milênios sem resultado passaram por esta humanidade e o único testemunho de sua alta antiguidade é exatamente esta completa dissolução, esta fragmentação total de tudo o quanto estamos acostumados a saudar, como energia vital de um povo, representado aí pela ruína absoluta”.

Los principios de la incompletitud y del degeneracionismo fueron definitivamente incorporados a la arqueología de la Amazonia a partir de mediados del siglo XX, con la organización del *Handbook of South American Indians*, por Julian Steward (1948). No haré aquí una enumeración de esta obra de síntesis, compuesta por ocho volúmenes y con decenas de colaboradores, pero fue allí que se cristalizó la división del continente sudamericano en cuatro grandes áreas culturales, que corresponderían también a estadios evolutivos. En esta división, le cabría a los Andes centrales el papel de centro de innovaciones culturales, mientras que a las otras áreas les restaría el de recipientes de esas innovaciones, cuya capacidad de aceptación estaría asociada a las condiciones ambientales locales.

Esa imagen fue formada por los primeros científicos europeos que viajaron por el área, a partir del siglo XVIII, que relataron haber atravesado áreas donde había señales muy escasas de ocupación humana. Posteriormente, esa imagen fue confirmada a lo largo del siglo XIX y del inicio del siglo XX por antropólogos y naturalistas. El problema, sin embargo, es que los pocos relatos disponibles para la Amazonia, producidos por españoles y portugueses en los siglos XVI y XVII, son totalmente distintos y nos hablan de grandes asentamientos, ocupados por millares de personas, localizados a lo largo del Amazonas y de sus principales afluentes. De la misma manera, ya al final del siglo XIX, las primeras investigaciones arqueológicas realizadas en la desembocadura del río Amazonas y en partes de la Amazonia central, hechas por científicos como Charles Hartt (1885) y Barbosa Rodrigues (1892) parecían corroborar los relatos de los primeros conquistadores.

¿Cómo explicar las diferencias entre esas distintas fuentes de información? El hecho es que los pueblos indígenas del Nuevo Mundo, incluyendo a los de la Amazonia, tenían baja inmunidad contra muchas de las enfermedades infecciosas traídas por los europeos, cuya rápida diseminación llevó a la desaparición de grupos que jamás habían visto un hombre blanco. Además, al contrario de otras partes del Nuevo Mundo, como los Andes o Mesoamérica, los afloramientos de roca son relativamente raros en la Amazonia, principalmente a lo largo de las planicies aluviales del río Amazonas y sus principales afluentes. Así, el suelo fue la principal materia prima utilizada por los pueblos antiguos de la Amazonia para levantar sus construcciones, sus canales de irrigación, sus espacios de culto religioso. Es mucho más difícil, para los ojos de quien no está entrenado, diferenciar estructuras artificiales construidas con el suelo, como por ejemplo montículos, de formaciones

naturales. Esta dificultad aumenta aún más si tales estructuras estuvieran recubiertas por la selva.

Los arqueólogos que trabajan en la Amazonia saben que el cuadro construido por los científicos pioneros del siglo XVIII hasta mediados del siglo XX, resulta de esa combinación de factores: poblaciones locales rápidamente exterminadas por la propagación de enfermedades en los siglos XVI y XVII; crecimiento de la selva sobre áreas previamente ocupadas, en los siglos XVII y XVIII, cubriendo las estructuras de tierra y otras evidencias de ocupación humana; y para culminar, el ciclo del caucho al final del siglo XIX e inicio del siglo XX, una época extremadamente difícil para los pueblos indígenas de la Amazonia que, en muchos casos, fueron utilizados como mano de obra esclava. Por lo tanto, parecía natural que estos pueblos tuvieran el modo de vida nómada y disperso por la selva que fue descrito por los científicos de la época. Tal modo de vida era mucho más una adaptación a las condiciones históricas del momento que a las condiciones ecológicas de la Amazonia.

En los últimos treinta años, han ocurrido revisiones radicales de este cuadro ortodoxo de conocimiento. Prácticamente por cualquier área de la Amazonia donde se han realizado investigaciones, los arqueólogos vienen encontrando evidencias de ocupaciones humanas del pasado, inclusive en lugares hoy cubiertos por una selva aparentemente virgen. Hoy sabemos que la Amazonia ha sido ocupada hace unos 14.000 años, tan temprano como en otras partes de las Américas, por diferentes pueblos con distintas formas de organización social y política, desde bandas nómades de cazadores-recolectores hasta sociedades sedentarias jerarquizadas que produjeron objetos de piedra y cerámica extremadamente refinados, hoy guardados en museos de las Américas y Europa. Una síntesis de tales contribuciones recientes se puede encontrar en el *Handbook of South American Archaeology* (Silverman e Isbell 2007).

Me gustaría hacer una especie de revisión de esta revisión, analizar brevemente algunos de sus dilemas y, al final, apuntar algunas perspectivas que pueden apuntalar una contribución teórica más interesante de la arqueología a la antropología de las tierras bajas. No haré aquí una revisión exhaustiva, sino que destacaré algunos aspectos que considero pertinentes a la discusión. Como base emplearé una pequeña síntesis publicada ya hace algún tiempo (Neves 2006), así como los trabajos publicados en Silverman e Isbell (2007), Pereira y Guapindaia (2010) y los libros de Heckenberger (2003), Schaan (2012) y Rostain (2013). El primer punto refiere a la antigüedad de la ocupación humana. Gracias a los trabajos de Miller, Roosevelt y Magalhães, entre otros, se sabe hoy

en día que la ocupación humana de la Amazonia se remonta al final del Pleistoceno e inicio del Holoceno. Esto quiere decir que la ocupación de la Amazonia es tan antigua como en otras partes del continente americano y que, sobre todo, las áreas tropicales húmedas no constituyen una barrera a la ocupación por grupos de cazadores-recolectores, como fue propuesto por Headland y Bailey a finales de los años ochenta. Así, al inicio del Holoceno, diferentes partes de la cuenca amazónica –Carajás, Caquetá medio, sabanas guayanesas, Amazonia central, región de Santarém– ya estaban ocupadas, y lo que es aún más interesante, sin una única tradición cultural predominante, como se puede observar por las industrias líticas que presentan repertorios de objetos lascados unifacialmente, como en Carajás y en el Caquetá, bifacialmente, en la Amazonia central, Guayanas y Monte Alegre, e inclusive industrias de hachas pulidas, en el alto río Madeira. Tal patrón fundador, a mi entender, constituye la característica más destacable de la antropología amazónica: la diversidad cultural marcada, por ejemplo, por la gran cantidad de familias lingüísticas –con diferentes áreas de dispersión– y de lenguas aisladas allí representadas. Es interesante notar, sin embargo, que en algunas partes de la Amazonia con señales de ocupaciones antiguas se verifican también hiatos en las secuencias cronológicas locales durante el Holoceno medio. Tales hiatos, yo creo, deben representar no tanto la ausencia de ocupaciones, sino la adopción de estrategias económicas menos visibles en el registro arqueológico.

Otra innovación importante hecha en los últimos años refiere a la identificación, hecha por Roosevelt y Miller, y anteriormente por Simões, de contextos de producción de cerámicas antiguas en el bajo Amazonas, en el litoral de Pará y en el medio Guaporé. Tales cerámicas, con edades que llegan a cerca de 7.000 años en el sambaquí fluvial de Taperinha, cerca de Santarém, y a 5.500 años en los sambaquíes del litoral paraense, están entre las más antiguas del continente americano, ciertamente más antiguas que las cerámicas de las tierras altas, atestiguando que la Amazonia fue un centro independiente de innovación cultural en el pasado. Es interesante notar, no obstante, que así como ocurrió con la producción de artefactos líticos, la producción de vasijas cerámicas fue también aparentemente abandonada y sólo retomada luego de algunos milenios, como parece haber sido el caso en la región de Santarém. También en el caso de la producción antigua de cerámicas, se nota desde temprano la manifestación de diferentes culturas: ya que las cerámicas del litoral de Pará, bajo Amazonas y Guaporé medio parecen ser muy distintas unas de las otras.

Uno de los temas que más ha atraído la atención de los arqueólogos y científicos de otras áreas ha sido el estudio de las llamadas *terras pretas de índio*. Las *terras pretas* son conocidas desde el siglo XIX, pero a partir de la década del ochenta, gracias a los estudios pioneros de Dirse Kern, ha habido una verdadera explosión de estudios sobre el tema, congregando arqueólogos, geólogos, agrónomos, etc. (véanse, por ejemplo, los estudios en Teixeira *et al.* 2009). Las *terras pretas* son suelos que fueron modificados por la acción humana. Por esa razón, son actualmente buscados para la implantación de áreas de cultivo en las regiones de la Amazonia donde ocurren. El estudio de las *terras pretas* es importante porque la presencia de este tipo de suelo antrópico constituye una fuerte evidencia de que las poblaciones antiguas de la Amazonia modificaron las condiciones naturales de los lugares donde vivían, falsando, por lo tanto, los principios del determinismo ambiental. Siguiendo esta perspectiva, las *terras pretas* podrían haber sido creadas deliberadamente con el objetivo de mejorar la calidad de los suelos, normalmente pobres en la Amazonia. Lo interesante, sin embargo, es que la gran mayoría de los sitios de *terra preta* ya excavados no eran lugares de cultivo, sino lugares de habitación. En algunos casos, como en la Amazonia central, estos suelos fueron inclusive desperdiciados y usados para la construcción de estructuras artificiales, como montículos y habitaciones. También en la Amazonia central, se identificaron *terras pretas* en áreas de *várzea* (planicie de inundación) del río Solimões, en lugares donde los suelos ya son naturalmente fértiles y no necesitan de mejoría. Estas evidencias me hacen pensar que las *terras pretas* no fueron necesariamente una solución para un problema adaptativo de los pueblos amazónicos, sino simplemente el correlato arqueológico del establecimiento de vida sedentaria en la región, ya que la mayoría de las capas de *terra preta* en sitios arqueológicos comenzó a formarse hace unos 2.000 años, época a partir de la cual son más visibles las modificaciones paisajísticas, como construcción de canales, montículos y también el surgimiento de grandes aldeas.

A pesar de ser todavía poco frecuentes en Brasil, los primeros estudios con macro y micro-vestigios de plantas hechos en sitios localizados en diferentes partes de la Amazonia han traído también informaciones interesantes. Tales estudios muestran, como era de esperarse, que las prácticas agro-ecológicas de los pueblos antiguos de la Amazonia estaban marcadas por la diversificación, con la presencia de un gran número de cultígenos. De manera sorprendente, estos estudios han mostrado también una relativa falta de importancia de la mandioca como base de la dieta de estos pueblos. No quiero decir con esto que la mandioca

no era cultivada antes de la conquista europea, sino que, tal vez, el cultivo de la mandioca haya estado menos diseminado de lo que está actualmente. De hecho, es necesario reconocer, como ya lo hizo Devenan hace veinte años, que el patrón “clásico” de agricultura de selva tropical, basado en el cultivo itinerante de roza y quema o de *coivara*, y con una importante especialización en la mandioca, es efecto de los cambios resultantes de la colonización europea: la adopción de hachas de metal garantizó el aumento de la itinerancia, al mismo tiempo en que el cultivo de la mandioca se tornó más diseminado. Sorprendente en esos estudios es también la cantidad de plantas no domesticadas, principalmente las palmeras, presentes en el repertorio de los sitios. En la isla de Marajó, un caso aún más radical, no hay, por lo menos hasta ahora, ninguna evidencia de agricultura asociada a los constructores de montículos que ocuparon el área durante el primer milenio d.C. Los arqueólogos tienen una dificultad inmensa en tratar este tipo de casos, que son herencia del pensamiento evolucionista. La consecuencia es la proliferación de términos poco elegantes como “horticultores incipientes” o plantas “semi-domesticadas”. Es curioso notar, sin embargo, que en el caso de la Amazonia antigua, la incipiente y la transición parecen haber sido el “estado natural de las cosas” y no un camino hacia algo que acabó no sucediendo (Neves y Rostain 2012).

Paso ahora, brevemente, al último ejemplo, que refiere a la dimensión política. Los arqueólogos pasamos los últimos veinte años tratando de mostrar que había sociedades complejas y jerarquizadas en la Amazonia. En ese aspecto, creo que tuvimos éxito. Hay, hoy en día, buenos ejemplos de conjuntos de sitios arqueológicos en el alto Xingu, Marajó, Santarém, Amazonia central y Bolivia que indican la presencia de sociedades sedentarias, formas claras de modificación del paisaje y algún tipo de jerarquía asociada a la movilización de la mano de obra para construcción de estructuras monumentales. Tales ejemplos desafían, a mi entender, a la etnología de las tierras bajas, al incorporar los datos arqueológicos en la formulación de hipótesis sobre las políticas amerindias, ya que no existen ejemplos etnográficos comparables. Cuando se estudian, en una perspectiva histórica de largo plazo como la propuesta aquí, se verifica que las formulaciones sociales jerarquizadas y centralizadas, tales como los cacicazgos, tenían una tendencia a la fragmentación, a la disolución, inclusive antes de la conquista europea, para ejemplificar en el pasado, y en otra escala, los procesos de resistencia al Estado propuestos hace cuarenta años por Pierre Clastres (2003 [1974]).

Conclusiones

Tal vez el legado más importante traído por la arqueología amazónica en las últimas décadas haya sido el de mostrar que no existe, en la región, ninguna barrera natural a la ocupación humana, a la innovación cultural, a la invención. Por el contrario, si hiciéramos una historia comparativa de los pueblos amerindios, verificaríamos que algunas de las plantas domesticadas más importantes del Nuevo Mundo, como la mandioca o el tabaco, surgieron de la Amazonia o de sus adyacencias, en las tierras bajas. Lo mismo vale para la cerámica, como ya fue señalado aquí. Los suelos de *terra preta* indican la capacidad de modificación del paisaje y la presencia de sitios de gran porte, interconectados por redes de caminos, muestra que hubo períodos de mayor densidad demográfica con algún tipo de jerarquía bien marcada. Todo fue posible en la Amazonia antigua, dicen los arqueólogos.

Sin embargo, para cerrar este argumento hubiera faltado hablar con los pueblos antiguos de la Amazonia que, para disgusto de algunos arqueólogos, produjeron artefactos de piedra lascada y después pararon de hacerlo, inventaron la cerámica y después la dejaron de fabricar, crearon suelos fértiles como la *terra preta* pero no sacaban de ellos todo su provecho, domesticaron plantas pero no tenían paciencia de ser agricultores, vislumbraron la posibilidad del Estado, pero siempre que pudieron, huyeron de ella.

Es en este punto, y para concluir, que me gustaría volver al principio de la incompletitud. Tal idea está basada en premisas de escasez, de que algo profundo está siempre faltando, pero tal vez la incompleta sea nuestra capacidad de entender a la Amazonia, su historia y su naturaleza en sus propios términos. Clastres y Sahlins ya mostraron hace décadas que el Estado o la adopción de la agricultura, cuando se piensan a partir de la perspectiva del individuo, son un pésimo negocio. Ya es hora tal vez de invertir el cuadro de pies a cabeza y trabajar con la premisa de que la abundancia, y no la escasez, son el punto de partida para una reflexión sobre la historia antigua de la Amazonia. En este cuadro, no tiene el mínimo sentido pensar en acumulación, obligación o compromiso, principalmente a largo plazo.

Me gustaría terminar citando al filósofo Etienne de La Boétie. La Boétie fue un filósofo francés del siglo XVI, muy amigo de Montaigne, que murió joven y dejó un texto llamado *Discurso de la servidumbre voluntaria*. En este texto, La Boétie se pregunta “¿cómo puede ser que tantos hombres, tantos pueblos, tantas ciudades, tantas naciones sopor-

ten a veces a un solo tirano, que retiene solo el poder que ellos le dan?”. Para mí, esta es una de las cuestiones más importantes que la arqueología, no sólo de la Amazonia, puede ayudarnos a entender. ¿Por qué, luego de decenas de millares de años viviendo como cazadores-recolectores, las sociedades humanas abandonaron su libertad a favor de la agricultura y del Estado? Puede ser que los pueblos antiguos de la Amazonia hayan escapado a ese “vicio de servir”, desarrollando maneras ingeniosas de vida en el bosque tropical.

Bibliografía

- BARBOSA RODRIGUES, J. (1892). “Anti-güidades do Amazonas”, en: *Vellozia, Contribuições do Museu Botânico do Amazonas, volume segundo, Arqueologia – Paleontologia*. Rio de Janeiro.
- BINFORD, L. (1981). “Behavioral Archaeology and the “Pompeii Premise””, *Journal of Anthropological Research* 37 (3), 195-208.
- CLASTRES, P. (2003 [1974]). *A sociedade contra o Estado – pesquisas de antropologia política*. São Paulo.
- DA CUNHA, E. (1986 [1905]). “Terra sem história: impressões gerais”, en: *Um Paraíso Perdido: Ensaio, estudos e pronunciamentos sobre a Amazônia*, Organização, introdução e notas de Leandro Tocantins. Rio de Janeiro, 25-38.
- GANDAVO, P.M. de (2008 [1576]). “Do Gentio”, en: *História da Província de Santa Cruz*. São Paulo, 121-128.
- HARTT, Ch.F. (1885). “Contribuição para a etnologia do vale do Amazonas”, *Arquivos do Museu Nacional* 6, 1-174.
- HEADLAND, T.N. y BAILEY, R.C. (1991). “Introduction: Have Hunter-Gatherers Ever Lived in Tropical Rain Forest Independently of Agriculture?”, *Human Ecology* 19 (2), 115-122.
- HECKENBERGER, M.J. (2003). *The Ecology of Power: Culture, Place, and Personhood in the Southern Amazon, A.D. 1000-2000*. New York.
- KERN, D.C. (1988). *Caracterização pedológica de solos com Terra Preta Arqueológica na região de Oriximiná, Pará*. Dissertação de Mestrado, Universidade Federal do Rio Grande do Sul. Porto Alegre.
- KERN, D.C. (1996). Geoquímica e pedogeoquímica de sítios arqueológicos com terra preta na Floresta Nacional de Caxiuanã (Portel - Pará). Tese de doutorado, Universidade Federal do Pará. Belém.
- KERN, D.C., KÄMPF, N., WOODS, W.I., DENEVAN, W.M., LIMA DA COSTA, M. y LIMA FRAZÃO, F.J. (2009). “Evolução do Conhecimento em Terra Preta de Índio”, en: Teixeira, W.G. *et al.*, *op. cit.* Manaus, 72-81.
- LA BOÉTIE, E. DE (1982 [1574]). *Discurso da Servidão Voluntária*, traduzido para o português por Laymert Garcia dos Santos. São Paulo.
- MAGALHÃES, M. (1994). *Arqueologia de Carajás. A presença pré-histórica do homem na Amazônia*. Rio de Janeiro.

- MILLER, E.T. (1987). “Pesquisas arqueológicas paleoíndigenas no Brasil ocidental”, *Estudios Atacameños* 8, 37-61.
- MILLER, E.T. (1999). “A limitação ambiental como barreira à transposição do período formativo no Brasil. Tecnologia, produção de alimentos e formação de aldeias no sudoeste da Amazônia”, en: Ledergerber-Crespo, P. (ed.), *Formativo sudamericano: una reevaluación. Ponencias presentadas en el Simposio Internacional de Arqueología Sudamericana, Cuenca, Ecuador, 13-17 de enero de 1992*. Quito, 331-339.
- NEVES, E.G. (2006). *A Arqueologia da Amazônia*. Rio de Janeiro.
- NEVES, E.G. y ROSTAIN, S. (2012). “Diversité linguistique et agrobiologique dans le passé amazonien”, en: Schlanger, N. y Taylor, A.Ch. (eds.), *La préhistoire des autres: Perspectives archéologiques et anthropologiques*. Paris, 119-136.
- NOELLI, F. y FERREIRA, L.M. (2007). “A persistência da teoria da degeneração indígena e do colonialismo nos fundamentos da arqueologia brasileira”, *História, Ciências, Saúde – Manguinhos* 14 (4), 1239-1264.
- PEREIRA, E. y GUAPINDAIA, V.L. (orgs.) (2010). *Arqueologia Amazônica*, 2 vols. Belém.
- ROOSEVELT, A.C. (1995). “Early Pottery in the Amazon: Twenty Years of Scholarly Obscurity”, en: Barnett, W.K. y Hoopes, J. (eds.), *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, Smithsonian Series in Archaeological Inquiry. Washington DC, 115-131.
- ROOSEVELT, A.C. (1999). “The Development of Prehistoric Complex Societies: Amazonia, a Tropical Forest”, en: Bacus, E.A. y Lucero, L. (eds.), *Complex Politics in the Ancient Tropical World*, Archaeological Papers of the American Anthropological Association 9. Washington DC, 13-34.
- ROSTAIN, S. (2013). *Islands in the Rainforest: Landscape Management in Pre-Columbian Amazonia*. Walnut Creek.
- SAHLINS, M. (1972). *Stone Age Economics*. Chicago.
- SCHAAN, D.P. (2012). *Sacred Geographies of Ancient Amazonia: Historical Ecology of Social Complexity*. Walnut Creek.
- SILVERMAN, H. e ISBELL, W. (2007). *Handbook of South American Archaeology*. New York.
- SIMÕES, M. (1981). “Coletores-pescadores ceramistas do litoral do Salgado (Pará)”, *Boletim do Museu Paraense Emílio Goeldi*, Nova série, Antropologia 78, 1-31.
- STEWART, J. (ed.) (1948). *The Tropical Forest Tribes, Handbook of South American Indians*, vol. 3, Smithsonian Institution, Bureau of American Ethnology, Bulletin 143. Washington.
- TEIXEIRA, W.G., KERN, D.C., MADARI, B.E., LIMA, H.N. y WOODS, W. (eds.) (2009). *As Terras Pretas de Índio da Amazônia: Sua Caracterização e uso deste Conhecimento na Criação de Novas Áreas*. Manaus.
- VON MARTIUS, C.F.P. (1906). “O Estado de Direito entre os Autóctones do Brasil”, *Revista do Instituto Histórico e Geográfico de São Paulo* 11, 20-73.